

**Memòries de la  
Reial Acadèmia Mallorquina  
d'Estudis Genealògics,  
Heràldics i Històrics**

**17**



**PALMA 2007**

**MEMÒRIES  
DE LA REIAL ACADÈMIA MALLORQUINA  
D'ESTUDIS GENEALÒGICS,  
HERÀLDICS I HISTÒRICS**

MEMÒRIES  
DE LA REIAL ACADEMIA MALLORQUINA  
D'ESTUDIS GENEALÒGICS, HERÀLDICS I HISTÒRICS

Núm. 17

*Director de Publicacions:*  
Antonio Planas Rosselló

*Consell de Redacció:*  
P. Antoni Gili Ferrer  
Pere de Montaner Alonso  
Antoni Mut Calafell  
Manuel Oliver Moragues  
Rafel Serra de La Creu

© José Orlandis Rovira  
Gabriel Llompарт Moragues  
Joan Nadal Cañellas  
Sebastià Trias Mercant  
Magdalena de Quiroga Conrado  
Román Piña Homs  
Miguel Ferrer Flórez  
José María Sevilla Marcos

pels seus articles

Reservats tots els drets. Cap part d'aquesta revista pot ésser reproduïda, emmagatzemada en un sistema d'informàtica o transmesa de qualsevol forma o per qualsevol mitjà, electrònic, mecànic, fotocòpia, gravació o altres mètodes sense previ i exprés permís de l'editor de la revista.

ISSN 1137-6406

Dipòsit legal PM 658-93

Imprès a les Illes Balears per:  
IMPREMTA POLITÈCNICA  
Carrer de Can Troncoso, 3  
Telèfon 971 71 26 60  
07001 PALMA

## ÍNDIX

José Orlandis Rovira <i>Sobre los orígenes de la nación española</i>	7
Gabriel Llompart Moragues, C.R. <i>Dos obras de arte significativas de la Germania mallorquina</i>	19
Joan Nadal Cañellas <i>Jeroni Nadal Morey, la seva vida i el seu influx en la cultura europea del s. XVI</i>	37
Sebastià Trias Mercant <i>Aproximación a una trilogía semiótica luliana</i>	53
Magdalena de Quiroga Conrado <i>Aproximación a la emblemática urbana de Palma y su evolución hasta el siglo XIX</i>	63
Román Piña Homs <i>Miguel Cayetano Soler, discípulo aventajado del barón de Bielfeldt</i>	87
Miguel Ferrer Flórez <i>La "Guerra Gran" (1793-1795)</i>	115
José María Sevilla Marcos <i>Ensayo psicológico sobre el Archiduque Luis Salvador de Austria</i>	147
<i>Informe de l'Acadèmia sobre l'escut i bandera del Municipi de Llubí</i>	163
<i>Memòria de la Reial Acadèmia Mallorquina d'Estudis Genealògics, Heràldics i Històrics</i>	165

# SOBRE LOS ORÍGENES DE LA NACIÓN ESPAÑOLA

*José Orlandis Rovira*

## **1. La realidad misteriosa y apasionante de España**

Un enigma histórico: así definió el maestro Sánchez-Albornoz en un inmenso ensayo de 1500 páginas, a la realidad misteriosa y apasionante de España. España, una de las naciones más antiguas de Europa, un reino y una patria cuyo solar era nuestro mismo solar de hoy hace de eso quince siglos. España, una de las grandes potencias e la humanidad en el campo de la cultura, la literatura y el arte, transida en sus momentos estelares de un prodigioso ímpetu creador que fue capaz de erigir uno de los pocos imperios universales que registra la historia. Y sin embargo, en violento contraste con tanta grandeza, España parece ser en otras horas de su vida extrañamente frágil y más, quizás, que ninguna otra vieja nación europea, puede sufrir decadencias profundas, cataclismos telúricos en que desaparece de la faz de la tierra y cabe hablar sin hipérbole de una "Pérdida de España": pérdida de existencia política, pérdida el sentido de comunidad de destino de sus hombres, crisis de amnesia colectiva en que el pueblo español llega a olvidar su misma identidad nacional.

Sí, ciertamente, España ha sido y sigue siendo hoy, no ya un problema sino un misterio, un enigma de la historia. Las circunstancias por que atraviesa la hora presente de la vida española parecen invitar especialmente a mirara hacia atrás con el fin de intentar aprender en el libro abierto del pasado enseñanzas que puedan ser útiles de cara al hoy y al mañana. La época que hemos de considerar es aquella, precisamente, en que nuestra patria irrumpe como una poderosa realidad en la escena del Occidente de Europa y la idea de España no sólo se insinúa sino que queda esculpida con cincel, tanto en el orden político y social como en el religioso. Es una época brillante y creadora que termina, sin embargo, en una de las catástrofes más absolutas que recuerda la historia de los pueblos del mundo. Esta dramática peripecia servirá de hilo conductor que engarce las consideraciones que a continuación se formulan.

## 2. La peculiaridad geográfica de Hispania

Si se contempla el mapa de Europa, la personalidad geográfica de España salta enseguida a la vista: es una península circundada por las aguas del Atlántico y el Mediterráneo, Finisterre del Viejo Continente, puente tendido entre África y Europa y unido a ésta por un istmo cuya función delimitadora aparece subrayada por la Cordillera Pirenaica que lo cubre de un extremo a otro. Sí, vista desde esta perspectiva, resulta fácil de entender que, desde la remota Antigüedad, historiadores y geógrafos hayan tenido bien clara la idea de que la Península Ibérica constituía una perfecta entidad territorial y que el nombre de Hispania fuera asignado sin vacilación a la Península en su conjunto.

Pero la Hispania que, proyectada sobre el mapa, parece destinada a ser un paradigma de unidad, contemplada de cerca ofrece un aspecto muy distinto. Su paisaje es lo más opuesto al de las tierras suaves y ricas que se extienden al norte del Pirineo –el verde jardín de Francia– o al de la gran llanura sin término del centro de Europa. El perfil de la Península Ibérica es áspero como su clima, con una orografía atormentada y está cubierto de sierras y quebradas que se entrecruzan, dando origen a una variadísima diversidad regional y favoreciendo el aislamiento entre las comarcas y sus habitantes. Tito Livio –el gran historiador romano– ponía ya de relieve este rasgo peculiar de la Península cuando escribía: “España, no ya como Italia, sino como ninguna otra tierra, se prestaba a hacer y recomenzar la guerra, por la naturaleza del país y de sus hombres”.

El país y sus hombres. La aspereza de aquél tenía su reflejo en el duro talante de éstos. Los españoles –comenta otro historiador antiguo, Pompeyo Trogo, recordado por Sánchez-Albornoz– “prefieren la guerra al descanso, de tal modo que, si les falta el enemigo exterior, lo buscan en casa”. Suelo y talante humano contribuyen así a configurara algunas constantes históricas del modo de ser de los hispanos, que afloran una y otra vez a lo largo de los siglos. Una de esas constantes es la querencia, la proclividad, tantas veces puesta de manifiesto, hacia la insolidaridad y el particularismo, en el sentido que Ortega atribuía a este término en su *España invertida*: estado de ánimo en que “cada grupo deja de sentirse a sí mismo como parte y en consecuencia, de compartir los sentimientos de los demás”. Deja de compartir los sentimientos –cabría añadir– y también de convivir con los otros españoles, a los cuales –según el juicio citado de Trogo– el hispano convierte fácilmente en enemigos domésticos a falta de enemigo de fuera.

## 3. El legado político de los visigodos

Esta tierra y estos hombres –concebidos como una entidad geográfica y popular con sustantividad propia por los escritores del Mundo antiguo– comenzaron a adquirir también una personalidad política administrativa hacia el año 300 de nuestra era en virtud de la creación por Diocleciano de la “diócesis de las Españas”, uni-

dad superior en la que se integraban las provincias hispánicas del Imperio romano. Pero el período decisivo para la formación de España fueron los siglos VI y VII y el agente que aglutinó a los elementos dispersos y les dio conciencia unitaria de patria y nación fue un pueblo germánico de origen muy remoto que, tras una larga singladura, asentó por fin sus reales en nuestra Península: el pueblo visigodo. “En rigor –escribió don Ramón de Abadal– al crear su *Regnum Gothorum* los visigodos crearon Hispania”. Y el ilustre historiador catalán llegaba a esta conclusión: “La unidad política de Hispania, obra de los visigodos..., constituye el legado más importante y rico en consecuencias que la Alta Edad Media ha transmitido a la ulterior historia de la Reconquista”.

Nada de insólito tiene que, en los tiempos de la construcción de Europa, un pueblo bárbaro pusiera los cimientos de alguna de las grandes nacionalidades que han perdurado hasta hoy: francos, anglo-sajones, polacos, búlgaros, croatas o bohemios pueden citarse como ejemplo, sin ánimo de agotar la relación. Cada uno de esos pueblos está en la raíz de una determinada nación, le infundió su conciencia histórica en incluso le impuso para siempre el nombre: Francia es obra del pueblo franco, Polonia del polaco, Bulgaria del búlgaro, Inglaterra de los anglos y sajones: los croatas hicieron Croacia y los bohemios Bohemia, países éstos que, aunque estuvieron integrados en estados plurinacionales –Yugoslavia, Checoslovaquia – no por eso perdieron el sentido de su personalidad nacional.

#### 4. España, no “Gotia”

Comparada con las anteriores, la obra de la creación nacional llevada a cabo por los godos presenta una importante peculiaridad. Los francos –decíamos– crearon Francia, como los polacos Polonia, los croatas Croacia y así los otros pueblos que acaban de mencionarse; los visigodos, en cambio, no crearon “Gotia” sino España. Esta diferencia, que quizás alguno considere puro bizantinismo o simple cuestión nominalista, tienen –a mi juicio– mayor trascendencia. Don José Ortega y Gasset llegó a afirmar que España habría nacido débil y contrahecha justamente por la incapacidad de los godos que le dieron el ser. “Va de Francia a España –escribió lo que va del franco al visigodo”. Ortega, admirador del germanismo genuino, muestra su desprecio hacia “los visigodos, germanos alcoholizados de romanismo, un pueblo decadente que venía dando tumbos por el espacio y por el tiempo”. En contraste con ellos, “el franco –dice – irrumpe intacto en la gentil tierra de Galia, vertiendo sobre ella el torrente indómito de su vitalidad”.

El diagnóstico de Ortega, brillante como todos los suyos, tiene los fallos propios de las soluciones demasiado diáfanos y resulta difícil de aceptar para el historiador. La realidad de las cosas, en este caso como en tantos otros, aparece mucho más matizada y compleja. No puede admitirse como un axioma la tesis de la superioridad de los gentiles francos, pletóricos de “élan vital”, sobre los visigodos, degenerados y decadentes. Es cierto que cuando, en la primera década del siglo VI, se pre-

paraba el gran enfrentamiento entre Clodoveo y Alarico II en que iba a decidirse a cuál de los pueblos correspondería la supremacía en las Galias, los francos llevaron siempre la iniciativa y obtuvieron la victoria. Pero hay que tener presente el clima extraordinariamente favorable para los francos que la conversión al catolicismo de Clodoveo había entre la masa de población indígena –católica también– de las Galias.

## 5. “*Vestra fides nostra victoria est*”

*Vestra fides nostra victoria est* –vuestra fe es vuestra victoria– había escrito a Clodoveo el obispo Avito de Vienne, uno de los personajes galo-romanos más considerables, enardecido de entusiasmo ante la noticia del bautismo del joven rey franco. La lucha entre visigodos y francos por el dominio de las Galias no fue, por tanto, una mera contienda entre dos pueblos germánicos que se disputaban el señorío sobre un territorio. La mayoritaria población galo-romana y el Episcopado, que era entonces su representación natural, simpatizaban abiertamente por el franco católico y le apoyaban contra el visigodo arriano. Clodoveo supo aprovechar hábilmente esta circunstancia y no dejó de dar a esta lucha un carácter de cruzada religiosa: “No puedo sufrir en paz que estos arrianos tengan en su poder una parte de las Galias”, habría declarado –según Gregorio de Tours– en vísperas de comenzar la guerra. Los visigodos sucumbieron en Vouillé y perdieron su reino de las Galias. Pero la victoria de los francos fue obtenida en una lucha desigual en que estuvo de su parte el viento de la historia pero también el decidido favor de la Jerarquía católica y de la mayor parte de la población galo-romana, que consideraban la victoria de los francos como su propia victoria.

No, la tesis de unos visigodos degenerados y delicuescentes en contraste con los francos desbordantes de vitalidad no lo explica todo ni es históricamente válida. Un siglo después de Clodoveo, el nuevo ciclo de luchas abierto entre los francos de Gontran y los visigodos de Leovigildo y Recaredo se salda con clara ventaja para éstos. Y los escritores francos de los siglos VI y VII se sorprenden ante el indómito talante de los godos, “un pueblo que es impaciente, rebelde –escribía el Pseudo Fredegario–, cuando no siente sobre sí el peso de un fuerte yugo”; un pueblo sin síntomas de debilidad, cuyo vicio era el “morbo gótico”, la costumbre de deshacerse de sus reyes cuando se cansaba de ellos; un pueblo violento que, en palabras de aquel mismo escritor franco, tuvo que ser “domado” por Chindasvinto. Mucho más que un reblandecimiento de sus virtudes, de resultas de una borrachera de romanismo, el talón de Aquiles de los visigodos –el síndrome de su fragilidad– fue a mi juicio su aislamiento territorial en la Península Ibérica, lejos de la fronteras de Germania, que hacía imposible la llegada hasta ellos de un flujo renovador de elementos populares de etnias bárbaras más o menos afines. Por el contrario, el reino franco, en contacto inmediato con Germania, encontró siempre en las tierras del este del Rin una retaguardia de pueblos que reconocían muchas veces su señorío y alimentaban su propia fortaleza demográfica.



## 6. Regionalismo en la España visigótica

Pero el hecho indudable es que los visigodos crearon España –no “Gotia”– dando sentido nacional a lo que antes fuera poco más que una expresión geográfica. Los visigodos parecen así seguir fieles a su característica línea de respeto hacia las realidades históricas preexistentes con que se encontraron. Un precedente de esa actitud conservadora recoge el conocido pasaje de Paulo Orosio, donde el historiador hispano relata lo que había oído en Belén, junto a san Jerónimo, de labios de un ilustre ciudadano de Narbona, que había tenido familiar amistad con Ataúlfo. Según ese personaje, el rey de los godos había abrigado la intención de borrar el nombre romano de la faz de la tierra, haciendo que en adelante fuera “Gotia” lo que antes había sido “Romania”. Pero había vuelto de su propósito temeroso de la barbarie de los suyos, prefiriendo buscar su propia gloria en restaurar y acrecentar el nombre de Roma con las fuerzas vigorosas de los godos. Ataúlfo no erigió una “Gotia” sobre las ruinas de “Romania”; tampoco sus sucesores intentaron hacerlos obre el recuerdo de Hispania. Lejos de eso –lo hemos dicho ya– España, que es la Hispania de los antiguos puesta en romance y con alma de nación, fue la obra de los visigodos y su legado a la historia universal.

La plasmación de España hubo de partir de la base de una realidad geográfica y popular que no se caracterizaba precisamente por su uniformidad. En 1955, Rafael Gibert presentó a la tercera “Settimana” de Spoleto, dedicada al tema de “Los godos en Occidente”, una sugerente ponencia que llevaba por título *El reino visigodo y el particularismo español*. Años más tarde –en 1970– se leía en la Universidad de Kansas una tesis doctoral de Carolyn A. Seymor Nelson, *Regionalism in Visigothic Spain*, que profundiza y desarrolla las líneas maestras del trabajo de Gibert. Estos estudios ponen de relieve la áspera y pluriforme variedad de la Península Ibérica en los siglos VI y VII, esa variedad con la que tuvo que contar como punto de partida la empresa de hacer España. Tal vez ahí esté la razón última de que los godos no creasen aquí una “Gotia” mientras los francos pudieron fácilmente transformar la amable Galia en la dulce Francia. España no se hacía sobre la base de una realidad proclive al uniformismo sino por el difícil camino de infundir un sentido de unidad, capaz de cohesionarla, a la congénita variedad hispánica o ibérica. La unidad territorial peninsular, la unidad social, la unidad religiosa y la unidad política constituyen los cuatro fundamentos sobre los cuales se edificó en su momento auroral la unidad nacional y la idea misma de España.

## 7. El diseño unificador de Leovigildo

El rey Leovigildo fue el primer artífice del gran proyecto unitario de la España visigoda y se esforzó por llevarlo adelante con incansable tesón. La “Crónica” del abad Biclarense, contemporáneo del monarca, registra con puntualidad la sucesión de campañas militares, renovadas periódicamente entre los años 570

y 585, con el fin de hacer realidad la unidad política de España, sometiendo los territorios y pueblos peninsulares al efectivo poder de la Corona toledana. Leovigildo promovió igualmente la unidad social, tratando de reunir a todos los súbditos en un solo pueblo. A tal fin fue derogada la vieja legislación prohibitiva de los matrimonios mixtos godo-romanos, con abandono del criterio de segregación racial entre las dos poblaciones, consagrado hasta entonces por la ley. El mismo derecho –la legislación– fue puesto al día merced a la publicación de un nuevo Código –el *Codex Revisus*, Código Revisado de Leovigildo–, de naturaleza territorial o próxima a la territorialidad. Leovigildo consideró finalmente a la unidad religiosa como factor fundamental de la unidad del reino hispánico e hizo cuanto pudo por conseguirla.

Un hecho quizás no muy conocido es que el primer intento de unidad religiosa en España no fue de unidad católica sino de unidad arriana; es fue, precisamente, la pretensión de Leovigildo. Este monarca, con certera visión de estadista, rompió el tradicional esquema de la diversidad de confesiones entre godos y romanos por estimar que la unidad religiosa constituía un factor esencial de la unidad nacional y política. Y consecuente con su condición de arriano, Leovigildo trató de conseguir la implantación del arrianismo como la única religión del reino. Fue una decisión coherente con la política general de unidad promovida por el rey, que éste intentó imponer con toda la suavidad posible: por el halago y el soborno mejor que por la violencia y, sobre todo, facilitando hasta el extremo la conversión al arrianismo, un arrianismo externamente tan limado de asperezas que el hombre de poca doctrina podía confundirlo fácilmente con su propia religión católica.

## **8. La conciencia nacional en el siglo VII**

La tentativa arrianizante de Leovigildo terminó en fracaso; pero el mero hecho de haberse intentado es un indicio de hasta qué punto en la hora de la gestación de España la unidad religiosa fue considerada por aquel gran rey como elemento básico de la incipiente personalidad nacional. Fue la unidad católica, obra de Recaredo, el hijo de Leovigildo, la forma de unidad religiosa destinada a forjar en definitiva la realidad de España y su unidad nacional. Resulta tentador recordar aquí –en cuanto al papel jugado por la unidad religiosa en la configuración de nuestra conciencia colectiva– las palabras famosas de Menéndez Pelayo, mezcla de arenga y de profecía pero que se inspiran a fin de cuentas en los datos de la experiencia histórica; unas palabras que fueron dichas con la mente puesta en la España del Barroco pero que están inspiradas por el mismo espíritu que animó la España isidoriana y que terminan en una rotunda conclusión: “ésa es nuestra grandeza y nuestra unidad: no tenemos otra. El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los arévacos y de los vectones, o de los reyes de Taifas”.

Las palabras casi apocalípticas de Menéndez Pelayo –que resuenan hoy con sorprendente actualidad– encierran por lo menos una verdad de validez permanente: España, diversa por la geografía y sus particularismos regionales, España, que

ningún pueblo bárbaro fue capaz de ahorrar a su medida, necesita para sobrevivir una clara decisión política de unidad; necesita también, más que ninguna otra nación, un alma que le infunda vida y aliento; un sentido de empresa común capaz de aglutinar a sus gentes, sobreponiéndose a la amenaza siempre latente de las fuerzas centrífugas, a la tentación de la insolidaridad y el tribalismo. Así lo entendieron ya los espíritus más lúcidos de la “era isidoriana” que asistieron al alumbramiento de España como nación.

El “gloriosísimo Suíntila” –como lo llama san Isidoro– coronó la empresa unificadora de Leovigildo y fue el primer monarca que tuvo bajo su cetro la totalidad del territorio peninsular. Suíntila –dice Isidoro en la *Historia de los godos*– “alcanzó la gloria de un triunfo superior al de los demás reyes, pues fue el primero que sometió al poder de la monarquía el territorio de toda la península de Hispania”. La Iglesia, por su parte, contribuyó también a crear la conciencia nacional de la España del siglo VII, imponiendo a todo el pueblo cristiano la vigencia de una misma *lex orandi*, de una sola liturgia. Esto fue lo que dispuso en su canon segundo el concilio IV de Toledo, reunido en el año 633 bajo la presidencia de san Isidoro: “Guárdese –decía– el mismo modo de orar y cantar en toda España y la Galia..., y no discrepen en adelante los usos eclesiásticos entre nosotros, que estamos unidos por una misma fe y constituimos un solo reino”. La unidad religiosa católica y la unidad política –una misma fe y un solo reino– forjaron la idea de España y la transformación en realidad histórica.

Esta es la España a la que san Isidoro dedicó sus célebres *Laudes*, suma y culminación de los cantos en honor de España entonados por los escritores de la Antigüedad: “Tú eres la más hermosa de todas las tierras que se extienden desde el Occidente hasta la India, ¡oh, España, madre sagrada y feliz de príncipes y de pueblos!”. La España isidoriana era el gran reino occidental del siglo VII, la única potencia mediterránea digna de compararse con el imperio bizantino. Como escribió Menéndez Pidal, “Isidoro no registra ningún suceso referente a Italia, sino el ser ocupada por los longobardos; el reino franco ni siquiera lo nombre; y así, su “Crónica Universal”, que fue la guía histórica de todos los países de Europa durante muchos siglos, acaba, como la crónica del Biclarense, siendo una historia de los dos países extremos del Mediterráneo: Bizancio en decadencia y España floreciente”.

## 9. La falta de una realeza dinástica

Un par de generaciones, apenas, separa el cenit luminoso de la “era isidoriana” de la jornada oscura de la “Pérdida de España”. ¿Cómo es posible que en tan breve plazo sobreviniera esta catástrofe absoluta? ¿Cuáles pudieron ser sus causas profundas, cuáles las lecciones todavía válidas que encierra para el presente el mañana español? Tratemos de reflexionar sobre los datos que la historia nos ofrece y de extraer algunas conclusiones y experiencias.

Reiteremos, en primer lugar, que España ha sido y es una de las obras cum-

bres de la historia humana; pero una obra de arte de sorprendente fragilidad. Llama la atención la extraordinaria capacidad de grandeza y de miseria que ha demostrado tener el pueblo español, según cual sea la hora de su historia: la capacidad para levantar un Imperio de dimensión universal y para encerrarse luego en los horizontes estrechos y aldeanos del cantonalismo tribal. Y una primera advertencia que nuestro pasado dirige a los españoles de todos los tiempos: son sumamente arriesgados los experimentos del aprendiz de brujo con algo tan valioso y tan frágil a la vez como es España. España –nos lo recuerda la historia– se rompe fácilmente y es difícil recomponerla.

¿Dónde puede estar la causa profunda, la razón última de esta fragilidad constitucional de España? Pasando revista a las circunstancias que rodearon el nacimiento de la nación española, pusimos ya de relieve la diversidad de los pueblos de la Península y el acusado particularismo regional de aquella Hispania que los visigodos transformaron en España; pero en España –advertimos–, no en “Gotia”, como pudieron hacer otros pueblos bárbaros con las tierras y las gentes por ellos dominadas. Existe además un factor que operó en la génesis de otras nacionalidades europeas pero no en la nuestra y cuya carencia constituyó un lastre histórico y una razón más de debilidad: faltó una realeza dinástica, portadora del carisma de una legitimidad de sangre ampliamente reconocida y respetada. Francia fue obra del pueblo franco y de la dinastía merovingia, cuyo prestigio fue tal que su decadencia pudo prolongarse a lo largo de más de un siglo, durante el cual se sucedieron como reyes personajes insignificantes –los “reyes holgazanes”–, que se mantuvieron, sin embargo, en el trono porque existía un arraigado consenso de que la corona franca pertenecía a la estirpe del legendario Meroveo. La raza mítica de los merovingios fue así un factor que contribuyó poderosamente a la consolidación del reino de los francos –de la nación francesa–, pese a la ruindad personal de tantos de sus miembros.

## 10. La unción real

En la génesis de España faltó en cambio la dinastía nacional, portadora de una inequívoca legitimidad de sangre. La única dinastía digna de este nombre –la estirpe de Teodorico I, que ocupó el trono visigodo durante ciento veinte años– corresponde prácticamente el período tolosano, cuando el reino tenía su solar principal en las Galias y se extinguió a los pocos años del desplazamiento de los visigodos al sur del Pirineo, cuando comenzaba justamente el período de su historia española. En el siglo VII, tras la conversión del pueblo visigodo al catolicismo, la “Intelligentsia” eclesiástica trató de llenar el vacío de la legitimidad dinástica, introduciendo una forma de legitimidad sacral. La sabiduría escriturística de los padres hispanos halló el precedente ideal en los monarcas bíblicos del reino de Israel, en la figura del rey “ungido de Dios”. Los monarcas visigodos fueron así los primeros reyes ungidos de Occidente, un siglo antes por lo menos de que la Unción se introdujera en Francia por iniciativa aquí de Pipino el Breve a la hora de la instauración de una nueva

dinastía –los Carolingios–, la familia de los antiguos mayordomos de palacio, carente ya del carisma de legitimidad de la sangre de Meroveo. Téngase en cuenta que también en el Bizancio del siglo V el emperador León I, elegido tras la extinción de la dinastía teodosiana, fue el primer soberano coronado y ungido, en un solemne rito, por el patriarca de Constantinopla.

La legitimidad sacral, derivada de la Unción, constituyó por tanto en la España visigoda una especie de sucedáneo de la legitimidad de sangre, pero no confirió el mismo grado de solidez ni a la realeza ni al reino. La Unción sacralizaba la persona del rey, aunque el hecho es que ningún niño o adolescente inexperto pudo mantenerse en el trono toledano; pero no sacralizaba las personas de su estirpe, que aparecían muy necesitadas de una especial protección jurídica, ni evitaba tampoco la lucha por el poder entre los clanes políticos y familiares. Lejos de eso el enfrentamiento entre los dos grandes nobiliarios, constituidos en torno a las parentelas de Chindasvinto y Wamba, marcó su impronta en las cuatro últimas décadas de vida de la España visigoda y acabó por precipitar su caída.

## **11. La crónica debilidad de la España visigótica**

Llegamos aquí a la última de las grandes cuestiones que procede plantear antes de poner fin a estas reflexiones: las causa de la “Pérdida de España”, de la catástrofe en la que desapareció el reino hispánico de los godos. No es posible intentar un examen minucioso de este problema sobre el cual, durante más de mil años, los historiadores no han cesado de formular preguntas e intentar hallar respuestas. Limitémonos a señalar ahora algunas de las razones que, a nuestro juicio, influyeron de modo más decisivo en aquel dramático acontecimiento.

Parece ante todo indudable que, por debajo de las brillantes apariencias de la época isidoriana, latían males profundos que determinaban una crónica debilidad del reino visigodo y de su legado histórico, España. Ya se hizo referencia a la fragilidad constitucional de la España visigoda y se señalaron entre sus causas la falta de una cohesionadora legitimidad dinástica y las divisiones partidistas de la oligarquía dirigente. Estos factores de fondo se agudizaron en el último período de la Monarquía visigoda, durante el cual ciertos problemas crónicos se agravaron y surgieron otros nuevos.

Un estado patológico de desmoralización popular parece haberse extendido en la sociedad española durante la segunda mitad del siglo VII: los cánones conciliares registran un anormal incremento del número de suicidios y se multiplicaron las fugas de siervos rurales que abandonaban el cultivo de los campos a que estaban adscritos. Por otra parte, una serie de calamidades –pestes mortíferas, malas cosechas, hambres– se cebaron sobre una población depauperada, agobiada por una carga tributaria tan por encima de su capacidad económica que fue necesaria la concesión de sucesivas amnistías fiscales. La propia Iglesia no se salvó de la crisis general y la jerarquía post-isidoriana acusa un sensible deterioro, resultado en parte de la

creciente señorialización del episcopado, cada vez más penetrado por individuos procedentes de familias de la aristocracia gótica. Hubo todavía otros factores de parecida o mayor importancia que los anteriores.

Uno de ellos fue el problema judío, de decisiva influencia para el destino de la España visigótica. La disgregación judía –que no constituyó problema político disgregador en otros momentos de nuestro Medievo– fue el cáncer de la España del siglo VII. Lograda que fue la unidad religiosa del reino por la conversión de los visigodos romanos, los judíos constituían la única excepción a aquella unidad espiritual, considerada entonces como el bien superior, no sólo en el orden religioso sino también en el político. “Por esta peste de los judíos está manchada la tierra de mi reino – escribía Recesvinto al VIII concilio de Toledo–; pues habiendo Dios Omnipotente extirpado en él de raíz todas las herejías, solamente ha quedado esta vergüenza sacrílega”. La dura política judaica de la mayor parte de los reyes visigodos –que no siempre contó con la aprobación eclesiástica– se esforzó por conseguir a toda costa la conversión de los judíos al catolicismo y luego la fidelidad cristiana de los conversos. En la práctica, esa política empujó hacia la insolidaridad y la traición a una importante minoría de la población del reino, con gravísimas consecuencias para el destino de España.

## **12. Un fenómeno nuevo: El Islam**

El último factor que hay que considerar es, sin lugar a dudas, el más importante de todos: el impacto del Islam. La España levantada por los visigodos se derrumba y se “pierde” por obra del Islam. Hay que reconocer que el Islam es una de los fenómenos más apasionantes de la historia: ¿cuál habría sido la historia de España, la de Europa, la del mundo, si no hubiera existido el Islam? Y el Islam es, además, uno de los fenómenos que irrumpen de una manera más imprevista en el escenario histórico del pasado. ¿Quién se hubiera atrevido a predecir el Islam a principios del siglo VII? ¿Quién hubiera vaticinado que los beduinos del desierto de Arabia iban a cambiar el curso de la historia? Pero no menospreciemos a los augures de aquellos tiempos; pensemos también en los nuestros: ¿Quién hubiera profetizado, a principios del siglo XX o hace tan sólo cincuenta años, el nuevo protagonismo mundial de los árabes, el peso político y económico que les ha conferido el dominio del petróleo, oculto bajo la superficie lunar de sus arsenales desnudos? Sí, hay que reconocerlo, el Islam ha sido también imprevisible el siglo XX, y puede serlo aún mucho más en el siglo XXI.

Parece probable que el reino visigodo español hubiera sobrevivido, pese a sus debilidades constitucionales, si no se hubiera producido el encuentro con el Islam. Un encuentro provocado, además, por inconsciencia suicida de una facción de la oligarquía visigoda. Pero sería injusto arrojar sobre los vitizanos que pidieron la intervención musulmana, el estigma de un deliberado propósito de poner en juego la vida de la España visigoda. Solicitar una ayuda exterior con el fin de hacer triunfar una

determinada bandería era acción con más de un precedente en la historia del reino visigodo de España: Atanagildo se alió con los bizantinos para arrebatarse el trono al rey Agila; Sisenando obtuvo de Dagoberto el envío de un ejército franco para derrocar a Suíntila y hacerse él con la corona. Las dos operaciones constituyeron un éxito para los pretendientes que las planearon y aunque fuera elevado el precio que se pagó por estas intervenciones extranjeras, ninguna de ellas puso en grave peligro la existencia del reino hispánico. El fallo de los vitizanos fue un error de cálculo: no calibraron el formidable dinamismo expansivo del Islam, que en diez años había sido capaz de conquistar Siria, Palestina y Egipto en trance de muerte a las dos grandes potencias del mundo de entonces, Persia y Bizancio; el Islam, que había creado para principios del siglo VIII un Imperio colosal, extendido desde las playas africanas del Atlántico hasta el corazón de Asia y las márgenes del río Indo. Los musulmanes –esa fue la historia– atendieron al requerimiento vitizano y desembarcaron en las costas andaluzas; pero aprovecharon la victoria en beneficio propio y destruyeron el reino visigodo de España.

### 13. La “Pérdida de España”

Así se consumó la tragedia histórica que los cronistas medievales llamaron la “Pérdida de España”. España, la obra maestra de la “era isidoriana”, que hizo una nación y una patria de la antigua Hispania ibérica y romana, se derrumbó en un solo día; “se perdió” a orillas del Guadalete en una calurosa jornada del verano andaluz, entre el 19 y el 26 de julio del año 711. 781 años –casi 300.000 días– costó rehacer lo que en un solo día se rompió. ¡Qué tremenda lección de nuestra historia! Pero hay que advertir también que la “Pérdida de España” fue, sí, un larguísimo eclipse pero no fue una muerte. Recobrar la España perdida, recomponer su unidad, fue el designio invariable de la Reconquista, aquella “guerra divinal” de ocho siglos que no terminó hasta que se hubo cumplido el propósito formulado al día siguiente de la catástrofe. Y es que la idea de España, su identidad nacional, permaneció viva en las horas oscuras en que había desaparecido su personalidad política, y esa idea encerraba un programa de acción y una esperanza de futuro.

Tal vez una última lección que puedan enseñarnos los tiempos pasados sea que en la historia de los pueblos hay que saber distinguir entre la dormición y la muerte. ¿Quién piensa hoy en resucitar el imperio bizantino, que fue durante doce siglos la gran potencia cristiana del Oriente? Más aún, ¿quién pretende ahora, quién sueña en rehacer un Imperio austríaco, desaparecido hace solo tres generaciones, heredero directo de aquel Imperio germánico que por espacio de mil años vertebró Europa? Y es que hay Imperios que desaparecen y se extinguen mientras que España no muere; puede, sí, “perdersé”, aletargarse; pero un día llega en que despierta y se levanta. Así sucedió, al menos, tras la primera “Pérdida”, y así –confiemos en que volvería a ocurrir– si la ceguera de nuestros “contemporáneos” –su locura– provocara hoy una segunda “Pérdida de España”.